

FORT, Joel

1984 *La sociedad adicta. Un panorama sobre la droga, la búsqueda del placer y el castigo.*

Barcelona. Laia/Divergencias. 169 p.

Nos hallamos ante un libro que presenta algunos de los inconvenientes que suele tener un manual sobre drogas realizado por un discípulo avanzado de Esculapio. Pero a su vez contiene -lo cual constituye una grata sorpresa para los que poseemos una formación en ciencias sociales- muchos de los aspectos positivos que la profesión médica puede aportar al controvertido campo de la prevención y el tratamiento de las toxicomanías sin tener en cuenta únicamente los postulados medicalistas y farmacológicos, y máxime teniendo en cuenta la dilatada experiencia del autor en la rehabilitación de adictos a las drogas.

Joel Fort es un médico norteamericano graduado en psicología clínica y especializado en psiquiatría, farmacología y neurología. Profesionalmente, ha sido, entre otras cosas, director de un centro con fondos estatales para el tratamiento y la educación sobre el alcoholismo; fundador de un centro de tratamiento para pacientes externos (el *Center for Special Problems*) en el

Dpto. de Salud de San Francisco; y creador de un centro privado de ayuda (el *National Center for Solving Special Social and Health Problems*), también en San Francisco, del que me ocuparé más adelante. Su preocupación por las explicaciones sociales a la hora de enfrentarse a los temas de salud se manifiesta en su carrera docente en las Universidades de California y del Estado de San Francisco, donde fue profesor de criminología, sociología y bienestar social.

Antes de pasar a presentar el contenido de la sociedad adicta, se debe hacer mención a la antidedicatoria con la que se inicia el libro y en la que se denuncia, por un lado, a "la medicina organizada y a la psiquiatría" que apoyaron la criminalización de personas por el único motivo de ser usuarios de drogas y, por otro, a "los promotores y comerciantes de drogas".

El primer capítulo consiste en una introducción al tema desde la personal ípica del autor. Nos interesan de él la distinción entre uso y abuso de drogas y la definición amplia de los efectos de las drogas, en la que se tienen en cuenta los factores psicológicos, ambientales y farmacológicos: "El efecto de la droga es realmente una interacción entre la personalidad (o carácter) del usuario, el medio ambiente o sitio donde el producto químico es consumido y las propiedades farmacológicas de la sustancia" (p.18). También continúa el "manifiesto" crítico que inicia en la antidedicatoria, esta vez arremetiendo contra los poderes ejecutivo y judicial por la falacia que constituyen las políticas y leyes contra las drogas. Expone sin ningún rubor la idea de que "las drogas son buenas para los negocios", tanto las legales como las ilegales. Las primeras representan enormes ganancias para las industrias del alcohol, del tabaco y las farmacéuticas; las segundas son lucrativas tanto para las organizaciones del narcotráfico como para la policía que las persigue o para la prensa que les da publicidad.

El capítulo siguiente es el típico de todos los libros sobre drogas que provienen de la medicina. En él aparecen las clasificaciones que se han realizado de las drogas tanto desde instancias médicas como de instancias policiales. Fort dice de antemano que las drogas objeto de su trabajo son las que actúan sobre el sistema nervioso central, y no las demás, con las que establece la siguiente taxonomía: depresivas; estimulantes; drogas del tipo LSD; drogas tranquilizantes y antidepresivas; y marihuana.

Continúa examinando los mitos y las realidades de algunas drogas, desde las que causan los peores problemas (alcohol y tabaco) hasta aquellas que manifiestan un gran crecimiento de su consumo (marihuana, cocaína, valium). No me extenderé más en este capítulo puesto que desde la antropología se han realizado análisis sobre estos mitos y estereotipos mucho mejores.

En el capítulo cuarto denuncia una vez más la actitud del Estado frente al fenómeno del uso de drogas, penalizando al usuario y olvidando al vendedor (aunque en este punto habría que matizar, ya que las administraciones olvidan efectivamente a los grandes traficantes pero no a los pequeños vendedores). Se analizan desde la primera legislación federal específica sobre narcóticos -la Ley Harrison de 1914- hasta las "consecuciones" de las agencias federales antidroga DEA (*Drug Enforcement Administration*) y FDA (*Food and Drug Administration*), pasando por la Ley Volstead sobre la restricción del alcohol y la Ley Anslinger contra la marihuana.

Es muy discutible la afirmación que hace en el capítulo quinto, según la cual no existen importantes diferencias socioeconómicas o étnicas en el uso de las drogas. Habría que decir que aquí peca de considerar el uso de drogas de una manera homogénea, sin tener en cuenta la diversidad de las pautas de consumo y los distintos modelos de uso de drogas, que ponen de manifiesto que cada toxicomanía presenta en la mayoría de las ocasiones unos rasgos específicos. No se puede introducir en el mismo saco una anciana consumidora de tranquilizantes y un joven usuario de heroína.

En cambio, la consideración de que el abuso de drogas es una enfermedad social representa un paso adelante en los trasnochados planteamientos médicos, que hablaban más bien de enfermedad biológica, bioquímica o psicológica. No estaría tan de acuerdo en que el uso mismo puede constituir en buena medida una enfermedad social, porque se pecaría entonces de medicalista a ultranza. Un error que también aparece frecuentemente en los planteamientos médicos, y que el autor no puede evitar, es el dar excesiva importancia a los *mass media* como difusores del consumo de drogas. Debemos plantearnos en qué medida influyen dichos medios cuando se sabe que la propaganda farmacéutica no ha sido responsable directa de la automedicación, ya que ésta constituye un fenómeno estructural de las sociedades humanas.

Se lamenta finalmente en este capítulo de la dificultad adicional que supone la curación de dicha enfermedad social cuando constata que "... cada acción intersocial parece requerir el uso de alguna droga" (p.102).

En el capítulo sexto plantea que para llevar a cabo soluciones reales se ha de empezar reformando el sistema legal y redefiniendo la labor de las instituciones destinadas a la rehabilitación de los toxicómanos, ya que muchas veces son una barrera y no ayuda al tratarse innecesariamente de centros anticuados, inaccesibles y excesivamente burocráticos.

Más adelante, nos proporciona su receta para desintoxicar con garantías a alcohólicos y heroínómanos: "El mejor tratamiento para abandonar la droga requiere sustituirla con una dosis equivalente de metadona para la heroína o de pentobarbital (Nembutal) para el alcohol, y disminuir gradualmente esa dosis, durante cinco días, hasta que la persona se ve libre de la droga. Simultáneamente se aplica un cuidado de apoyo, que incluye una nutrición apropiada, y se comienza un tratamiento a largo plazo, que será continuado con un paciente ya externo" (p.119).

El capítulo que cierra el libro es, sin lugar a dudas, el más sugestivo, y en él aparecen las diferentes alternativas sobre el tratamiento y la prevención del fenómeno de la adicción a las drogas, que el autor intenta compaginar, no sin dejar claro que cada una presenta sus autolimitaciones.

En el caso particular de la prevención indica que sus metas deben ser "claras, amplias, idealistas y prácticas". Una utopía sería reducir drásticamente el interés, el uso, la dependencia y los problemas que conlleva el abuso de drogas. Ahora bien, la prevención sí puede ser eficaz en cuanto a la eliminación de los aspectos autodestructivos y socialmente negativos de tal abuso, a la vez que puede impedir todo aquel uso que imposibilite la integración de la persona en la sociedad.

Por otra parte, en lo referente al tratamiento, analiza los pros y los contras de las técnicas psicoterapéuticas, y las critica (al igual que a los tratamientos psiquiátricos), ya que el motivo primario de un buen consejero no puede ser el dinero, al excluir del proceso de ayuda a un gran número de personas y de problemas. La "nueva filosofía de ayuda" debe evitar, según Joel FORT, la discriminación, el lavado de cerebro, el dogma y la superstición, ha de ofrecer a la persona que busca ayuda una cierta libertad de elección, siendo el terapeuta un especialista en solucionar problemas. Y, sobre todo, para que sea efectiva tiene que basarse en una ayuda de grupo porque así "... agrega una importante dimensión de relaciones interpersonales y de responsabilidad social. Ofrece una esperanza a una mayor cantidad de personas y puede ser utilizada desde el comienzo del proceso de ayuda" (p.150). En determinados momentos se le puede tildar de detallismo excesivo cuando nos habla de la atmósfera de "living room", de los nombres de las habitaciones individuales (Felicidad, Alegría, Amor), de la decoración y la vestimenta informal, lo cual nos hace recordar algunos planteamientos contraculturales.

El apartado que dedica a *Fort Help*, nombre coloquial del *Centro Nacional para Solucionar Problemas Sociales y de la Salud*, el único fuerte de índole no militar en Estados Unidos, en palabras del autor, es el de mayor valor empírico, ya que constituye la síntesis o la culminación de sus experiencias en el campo del tratamiento de las toxicomanías. Es un centro que no acepta la financiación federal ni estatal, que practica un autogobierno mediante una democracia participativa y que ha progresado durante años, excepto financieramente. No desaprovecha la ocasión para hacer publicidad de *Fort Help*, "centro privado, futurista, carente de fines de lucro, es conocido por aportar 'ayuda sin llos'. Enlaza la fragmentación de nuestra sociedad al servir a la clase media y a los pobres, a los jóvenes y a los adultos, a los negros y a los blancos, al ateo y al devoto, al rebelde y al formal, al deshonesto y al honrado. Cualquiera sea el sitio en que ellos vivan, y puedan o no puedan pagar, *Fort Help* les ofrece una variedad de servicios renovadores o convencionales, que están a cargo de un personal variado, generalmente interdisciplinario" (p: 151).

De gran valía son las cuatro páginas que dedica a la educación sobre las drogas. Denuncia lo inadecuada que es una información que proviene de la publicidad, los mass media, los graffiti, las conferencias y películas alarmantes, los maestros sin preparación específica y de los funcionarios de narcóticos. Una información de las drogas que no deje claro sus posibles riesgos así como sus usos beneficiosos, ser innecesariamente capciosa. Una información que no cubra todo el espectro de las drogas que alteran el comportamiento ser sin lugar a dudas exclusivista. Se debe evitar el

sensacionalismo, el exceso de reacción y la estigmatización, desmitificando el tema, ya que los alarmismos son inadecuados porque antes de impedir una conducta desviada la incentivan.

El médico norteamericano finaliza con una frase que resume sobremanera su actitud hacia el tema: "Los abusos en la droga deberán ser mirados desde un ángulo sociocultural y preventivo, para que la educación y no la penalización sea la base esencial de nuestra política social" (p.158).

Para concluir digamos que, si bien el análisis y todos los datos se refieren única y exclusivamente al ámbito de EEUU, no por ello sus aportaciones, como hemos podido comprobar, dejan de ser interesantes para utilizarlas aquí en Europa.